

res mas altos. *In eminenti loco* (1). Su vestimenta era señalada entre todas, *Candenti praecinctus veste*. Ah! ¡De quanto gusto le hubiera servido verter su sangre por la Religion! Pero no, su zelo no armaba tiranos; solo encontraba admiradores. Consolaos, pues, Santo mio, consolaos, que la muerte que huere de vos en los cadahalsos se os presentará sobre el altar de la penitencia, donde sufrireis un martirio mas largo. Vos sereis la victima, no de la fé y de la verdad, sino de la caridad y de la mortificacion. Los servicios que haceis á la Religion, no cesarán sino con vuestra vida, otro tanto mas apreciable en quanto durante un siglo no ha dexado la Iglesia de admirar sus maravillas.... Nuestro Santo, oyentes mios, tiene contraido en la Iglesia un mérito particular, no solo por lo que es en sí, sino por ser mérito y fruto continuo de tan gran número de años. Vosotros, los que le menospreciáis, ya habeis aprendido á conocerle. No tendreis que decir al presente que no estais instruidos del mérito de su santidad. *Videte, contemptores*. A este mérito de santidad es al que debe la brillantez de su gloria. Quince siglos hace que goza de reputacion en la Iglesia. Esta reputacion, pues, es la que admirareis en la segunda parte de su elogio. *Contemptores, admiramini*.

(1) *ibid.*

PUN-

PUNTO SEGUNDO.

Si la gloria de un sabio se funda en la reputacion que goza en la república literaria; con mucha mas razon se puede establecer la gloria de un Santo sobre la reputacion que goza en los fastos de la Religion.

La de *S. Antonio Abad* empezó durante su vida; se aumentó con su muerte, y se ha mantenido despues de ella hasta nuestros dias.

¿Donde estan esos hombres temerarios que se atreven á atacar una reputacion de quince siglos? Ah! Que admiren y reflexionen. *Contemptores, admiramini*.

¿No podremos aplicar á nuestro Santo lo que dice el sagrado texto en alabanza de *Esther*? *Fama quoque nominis ejus crescebat quotidie, & per cunctorum ora volitabat*. Todos los pueblos dicen de él una misma cosa. Sobre las alas de la admiracion pública vuela su nombre desde Oriente á Poniente, y desde Medio dia á Norte; en una palabra, por quantas partes ilumina el sol con su antorcha. *Fama quoque nominis ejus crescebat quotidie, & per cunctorum ora volitabat* (1).

¡O raro prodigio, exclamaba *S. Atanasio!* *Antonio* habia puesto entre él y el mundo una soledad impenetrable; pero este hombre oculto entre las montañas de Egipto llegó á ser el espectáculo del Universo, atrayéndose discípulos á su desierto de las diferentes partes de él.

F 4

Quan-

(1) *Esther. c. 9. v. 4.*

Quando vino al mundo ya habia formado solitarios la piedad y la Religion; pero ninguno antes que él habia tomado todavia la resolucion de escogerse en la soledad un maestro para vivir á exemplo suyo y baxo las leyes de la emulacion en la práctica de la perfeccion evangélica. El fué el primero que consiguió, que siguiendo sus pasos se consagrarse en el desierto un pueblo entero, un pueblo santo. Allí reynaba, baxo sus auspicios, la justicia de que él era la imágen: la paz, de que él era el Angel. ¡O héroes de la pobreza, que él os predica! ¡O prodigios de la humildad, que os inspira! O mártires de la penitencia, que él dirige! ¿Antonio es quien la dirige? Sí, hermanos míos: él intenta, aunque en vano, no tener mas que al cielo por testigo de sus virtudes. El nuevo Moyses que atraxo al desierto un pueblo inmenso, no se pudo librar de dirigir á sus fieles prosélytos.

Se ocultaba y le buscaban: les probaba con rigores y le amaban: evitaba ser su superior y cabeza, y se declaraban por sus discípulos: rehusaba prescribirles leyes, y como viva ley consultaban sus exemplos... ¡O afortunada Egipto! ¡Quanta es tu brillantez! ¡Quanta tu gloria! Tus desiertos estan poblados. Tus rocas se vuelven asilos santos, que adornan con sus virtudes los numerosos habitantes con que te ha enriquecido la fama de Antonio, á cuya repntacion dan ellos mismos una nueva celebridad.

Está fué la que llevó allá á Hilarion para formarse en su escuela: Hilarion digo, aquel ven-

vencedor del paganismo y de su familia, conocido por la profundidad de su erudicion, y aun mucho mas por la pureza de sus costumbres. El nombre de nuestro contemplativo llegó hasta él, dice S. Gerónimo (1). Las maravillas que se contaban en público, excitaron en su corazon el santo deseo de ver á un hombre que era el prodigio de su siglo. Acudió al desierto; y como observador interesado en su conducta, estudió sus costumbres, recogió sus oráculos, y se apropió su espíritu. Admirado de las victorias que conseguia, cada dia estaba Hilarion mas cuidadoso para imitar las virtudes que practicaba. No tardó mucho tiempo en sacrificar su herencia paterna, ocultarse en la soledad y juntar en ella discípulos. Ya sabeis que por la celebridad de su gobierno y sus milagros, mereció tener á S. Gerónimo por panegirista; y que para colmo de su perfeccion, publicó con la mayor humildad, que si habia conocido el inestimable precio de la soledad, fué por las instrucciones de nuestro Santo á quien era deudor; que habia hallado en él una guia luminosa, y que su pérdida no la dexaria nunca de llorar como de un verdadero padre.

En efecto, esto es lo que igualmente hallaron en él todos los que vivian baxo su disciplina; pero ¿quantos discípulos contaba? ¿Como es posible contar su número, decia Sozomena (2)? Tal fué su multitud que se lle-

(1) Hieron. in vit. S. Hilar.

(2) Sozom. Lib. 1. c. 17.

llenó de ellos el Egipto, la Lybia, la Palestina, la Syria. *Innumerabiles sui instituti imitatores* (1).

¿Nos admiráremos de que haya llegado su reputacion á todas partes, y le haya granjeado tantos panegiristas quantos hombres hay en ellas? Ningun sexó ni edad hay, dice S. Atanasio, que no dexé las ciudades para ir á contemplar en *Antonio* la viva imágen de la virtud. La serenidad de su rostro, la magestad con que se portaba, su insinuativo language, su mismo silencio, ó yo no sé que encanto vencedor le distinguia al hombre de Dios entre el tropel de sus discípulos. El hombre de Dios es con especialidad nuestro Santo. Este es el nombre que merece su reputacion y le conservan sus virtudes. *Homo Dei* (2). Hombre de Dios en el retiro: hombre de Dios en la Iglesia. ¡Que ideas tan sublimes se encierran en esta sola idea! El hombre de Dios en el retiro, es el hombre de toda especie de santidad: el hombre de Dios en la Iglesia, es el hombre de todo género de trabajos. *Homo Dei*. Los extrangeros se unian á sus discípulos; el Universo todo caminaba de acuerdo con el Egipto para reconocer en él el hombre de Dios, así como en otro tiempo el pueblo escogido reconoció en Moyses el Dios de Pharaon.

Homo Dei.

Tal es la brillantez de su gloria, que casi ha-

(1) Brev. Rom. 17. Jan. lect. 6.

(2) Athan. in vit. Ant.

hace olvidar su verdadero nombre, y como que precisa no se le dé otro que el de Grande. *Magnus ille* (1). Este renombre que concede con tanta facilidad la adulacion, le escasea de un modo increíble la equidad. No se le da sino á quien lo merece. Acaso entre todos habrá sido el único nuestro Santo, que durante su vida le haya obtenido de todos los hombres y naciones. *Magnus ille*. ¿*Antonio* el Grande? Sí, hijos míos. ¿Podía dar edificada la tierra mejor testimonio que lo comprobase, que tributándole un inexplicable respeto y reconocimiento?

¿Y como no aplaudió tambien la virtud de un Santo, cuya autenticidad publicaba el cielo con el resplandor de los mas admirables prodigios? S. Atanasio y S. Gerónimo representan á nuestro héroe como el taumaturgo de su siglo: como un Elías que hacía de su soledad el teatro de su poder: como un Josué, cuya dócil naturaleza recibia las órdenes y las executaba: como un Eliseo á voluntad del qual se abria y se cerraba el cielo, presentaba la tierra sus beneficios, ó escaseaba sus dones: como un Isaías, á cuya presencia huían los contagios, las enfermedades y la muerte. Como un prodigio de luz y de gracia echaba los demonios, sujetaba los elementos, conocia la suerte. El fué quien predixo la condenacion de Arrio quando aun no existia el arrianismo: él anunció la paz de la Iglesia en el momento mas

crí-

(1) Hieron.

crítico de las turbulencias que la agitaban: él aseguró en medio de las persecuciones que la Religión experimentaba, que se propagaría, triunfaría y perpetuaría. Tanto á sus milagros quanto á sus virtudes debe el privilegio de oír resonar su reputacion en Alexandria, Constantinopla y Roma.

Digo en Alexandria, porque S. Atanasio, firme apoyo de la verdad, le llama en ella el socorro de la Iglesia. Aquel gran Santo asegura, que para defenderla contaba mas bien con las virtudes de nuestro héroe que con sus luces. A quantas partes iba le seguia su reputacion. Siempre iban delante de él la clerecía, la nobleza, los magistrados y el pueblo. Es menester que noteis, que todavía tenia en Alexandria el paganismo sus sectarios, la impiedad manichéa sus apoyos, el cisma de Melezo su apologistas, y el arrianismo sus protectores. A todos los tiros de estas diferentes sectas estaba expuesto nuestro Santo. El atacó á los adoradores de los ídolos: interceptó á sus discípulos todo trato y comercio con los de Manesio: escribió á los potentados contra los melecianos; y quando esto executaba acababa de confundir á los arrianos, y defenderse de sus imputaciones. ¡Que cosa tan admirable! Se presenta en medio de todas estas diversas facciones, y lejos de recibir agravios y baldones, solo le tributaron respetos. Hasta sus mismos enemigos le honraban como á porfia, y lo que es mas en los instantes mismos en que acababa de reprehenderles.

Di-

Digo tambien en Constantinopla; porque ¿quien ignora que Constantino, el mas grande de los emperadores, escribió al mas humilde de los solitarios, encomendándole tanto á sus hijos quanto á su imperio? ¿Quien ignora que los hijos de este príncipe, siguiendo el edificativo exemplo de su padre, consultaban con *Antonio* sus dudas, creyendo desde luego que saldrian mejor instruidos en el arte de reynar por sus consejos que por los de la política? Además de que, se deben tener presentes los grandes y delicados negocios que ocupaban entónces á Constantino. El tenia guerras que sostener, enemigos que combatir, idólatras que sujetar, hereges que reprimir, un concilio que acabar, un imperio que gobernar, príncipes jóvenes á quienes instruir, christianismo á quien proteger, Iglesia á quien defender....Todas estas y otras graves ocupaciones las suspendió por algun tiempo para tributar su homenaje á la virtud. Yo, hermanos míos, no sé qual es mas digno de admiracion, si Constantino que honró á *Antonio* con su carta por pura religion; ó *Antonio* quando recibió la carta de Constantino, por la singular indiferencia que manifestó, no dignándose apenas responder á una señal de distincion y aprecio que acaso no tendrá igual. Por fin, escribióle nuestro Santo, ¿y que dixo á los emperadores del mundo? ¿que deseaba su proteccion? No por cierto: les dió mil parabienes porque profesaban la Religión de Jesu-Christo: les dixo, que los reyes eran hombres, y que tenían

nian á un Dios por juez; y les exhortó á que fuesen justos, clementes y caritativos. Recibieron aquellos afortunados príncipes como favores las instrucciones del solitario; pero no contentos con esto hicieron mas, ¿y que fué? Aprovechase de ellas.

Digo, en fin, que su reputacion se estableció en Roma; porque esta capital siempre se ha alabado de la sumision que tuvo á los soberanos pontífices, de su union con los obispos católicos, su invariable respeto á todos los ministros de Jesu-Christo. La misma Roma, que es donde reside el juez de las virtudes de la tierra, expuso á su consideracion, tan incorruptible como severa, el retrato de nuestro Santo. Cinco papas consecutivos tuvieron la dicha de poseer este tesoro.

La reputacion de *Antonio* empezó desde que vivía. ¿Perecerá entre las cenizas de su sepulcro? No teneis que temerlo; porque así como en vida comenzó á gozar de este privilegio, tiene la dicha, no ménos grande, de que se le aumente con la muerte.

En este caso es quando se acaba la vana reputacion, que fundada en falsas virtudes sorprende la credulidad del mundo y usurpa su admiracion sin merecerla. Aquel que debe su celebridad á la ilusion de los hombres, no la conserva sino en quanto su industriosa hipocresía consigue engañar su atencion. Semejante á aquellos metéoros cuya brillante luz choca y se disipa en un momento, se extingue y envuelve entre tinieblas.

En

En vano hubiera conseguido *Antonio* durante el curso de su vida mortal los renombres de Grande y de Santo, si su gloria no hubiera salido de otro seno que de la arbitraria opinion de los hombres. En el instante mismo de su muerte se hubieran desaparecido como una gloria fantástica. Pero muy al contrario en él, se selló y perpetuó su reputacion con la pérdida de su vida.

Ya ha llegado la hora, decia él milagrosamente iluminado, en que mis cenizas se van á juntar con las de mis padres. *Patrum gradior viam* (1). ¡O hermanos míos! exclamaba S. Atanasio, sobre el lecho de la muerte es sobre el que quiero contempleis á *Antonio*. En sus combates y victorias, no se puede hacer mas que admirarlo. La mas noble emulacion se verá imposibilitada de conseguirlas. En el último trance de su muerte es en el que suministra exemplos que pueden imitar todos los christianos.... Debilitada la naturaleza, quiere, decia á sus discípulos, que yo pague el tributo á la muerte. *Cogit conditio natura*. Acordaos de mis consejos. *Mementote*. Libraos con cuidado del sutil veneno que esparcen por todas partes los sectarios del cisma, y los autores de la heregía. *Schismaticorum & Hæreticorum venena vitate*. Si mi memoria os merece alguna estimacion, no permitais que mis mortales despojos sean llevados á Egipto. Sepultadlos en el seno de la tierra para que sea la depositaria de un

se-

(1) Athan. in vit. Ant. c. 20.

secreto que nadie debe saber sino vosotros... Ya iba á dar el último suspiro quando quiso su gloria que antes de espirar dispudiese dignamente de sus vestidos. Una parte de ellos dexó á Atanasio, y otra á Serapio. Sus discípulos conservaron su cilicio. ¡Que legatarios y que alhajas! Recogiéndose dentro de sí mismo, esperó la muerte sin temor, y la recibió con placer.

Yo no me empeñaré en defender, que el golpe que le arrebató interesa tanto á los soberanos pontífices, como á los monarcas, á los obispos, á la Iglesia, al Universo; pero sí diré, que la pérdida de *Antonio* es otro tanto mas sensible á Egipto, en quanto llegó á ser para esta desgraciada Religión, digna de mejor suerte, la época de un asombroso aniquilamiento. De este, pues, dimanó la persuasion en que estan los pueblos de que hasta los elementos lloraron la muerte de nuestro héroe. *Dicitur: Antonii mortem etiam elementa lugere* (1). Añadiré ademas, el modo que tenia de explicarse el afortunado poseedor del manto con que estuvo cubierto el santo solitario. Aquel, dice, que mereció recoger por su disposicion la sucesion de una parte de sus vestidos, en sus preciosos dones, cree que en ellos le encuentra, le vé y le abraza á él mismo. *Antonium in Antonii muneribus amplectitur* (2).

¿Que nueva gloria es la que se siguió á su muerte?

(1) Hieron. in vit. Hilar. Epist. 2. lib. 3.

(2) Athan. in vit. Ant. c. 21.

muerte? Apenas subió su alma al cielo quando su reputacion le adquirió imitadores hasta en las provincias donde se ignoraban los interesantes por menores de su vida. Los solitarios que habitaban estos remotos paises deseaban saber lo que habia sido aquel *Antonio*, cuyo nombre se ha hecho tanto lugar por entre las tinieblas de su soledad. Dirigieron-se á un hombre el mas capaz de llenar sus esperanzas é intenciones, y le suplicaron escribiese la historia fiel de lo que él mismo habia visto, y de lo que él solo podia dignamente contar.

¿Vosotros querreis que os cite aquel hombre incomparable que se encargó de transmitir á todos los siglos las inmortales acciones de nuestro Santo? pues fué S. Atanasio; aquel héroe de la verdad que S. Gregorio Nacianceno caracteriza con la imagen de todas las virtudes, de quien él mismo quisiera escribir la vida, así como él lo hizo con la de nuestro Santo (1). Aquel hombre, cuyo noble y sublime espíritu demostró no solamente ser digno de obtener el trono patriarcal de Alexandria, sino de gobernar todo el mundo. Aquel hombre á quien Jesu-Christo encargó con particularidad sus intereses, su defensa, su divinidad: orador iluminado, historiador reflexivo, controversista sutil, teólogo profundo, oráculo del concilio de Nicea, en el que recibieron sus talentos los honores que no correspondian á su clase. Aquel intrépido

Tom. V.

G

de-

(1) Gregor. Naz. Paneg. Athan. Magn.

defensor de la Trinidad, á quien Arrio no podia ver sin estremecerse; á quien condenó Constantino mal informado, y le favoreció muy en breve obligado del respeto: aquel hombre mas grande en el destierro que en medio de sus sucesos; nunca mas bien digno del episcopado que quando un injusto destierro le privó de él, siendo á su vuelta la felicidad de su pueblo, la alegría de la Iglesia, la desesperacion del error: aquel hombre que fué la cabeza de los obispos católicos en medio de las vacilantes columnas, aunque nunca inextinguibles, de la fe; tan superior á la envidia como á los elogios; profeta, apóstol, mártir, padre y doctor; el árbitro del Universo por su ciencia; el asombro de la virtud por sus costumbres. En fin, S. Atanasio como hemos dicho.

Este hombre prodigioso, pues, era tan á propósito para dar á conocer á nuestro Santo, quanto era él mismo el que lo conocia mas bien. Habia sido su admirador y su amigo, y casi estoy para decir que su discípulo. Para satisfacer completamente á la reputacion de *Antonio*, era menester que fuese su historiador un S. Atanasio. Escribe este, en fin, y publíquese la obra. Por quantas partes del Universo corria, por tantas se leía y se aprovechaban de ella. En todos los tiempos se respetará la vida de *S. Antonio Abad* escrita por S. Atanasio como uno de los monumentos mas preciosos de la historia eclesiástica (1).

Quan-

(1) Baillet, 17. de Enero.

Quando este digno autor recordó, ya se habian recogido por manos fieles las cartas de nuestro Santo. Con ellas se instruye el solitario en sus deberes, reconoce el mundano sus ilusiones y el christiano advierte sus esperanzas. En ellas se ve, dice S. Gerónimo, el estilo de los apóstoles, su gusto y su piedad. *Apostolici sensus*. Ellas merecieron, que el mismo San Gerónimo contase á su autor por uno de los Escritores Eclesiásticos; y conservándose todavia, forman un ramo de instruccion, en el que se puede aprender el espíritu de nuestro solitario descrito por él mismo.

Mas por grande que fuese la impresion que hiciesen sus obras en el corazon humano, es menester confesar que tienen aun menos fuerza que la descripcion de sus acciones. Esta, decia San Atanasio, no solamente confirmará lo que la fama publica de *S. Antonio*, sino que servirá tambien de útil enseñanza para las costumbres. ¿Si se engañaría en esto San Atanasio? No, hermanos míos. Bien meditada y profundizada su vida, se viene á descubrir, que es la mejor semilla para hacer brotar innumerables frutos de virtud.

Ella es la que arrancó de las fiestas profanas de Roma á los Pablos, á los Marcelos, á las Sofronios. La misma Roma observó con sorpresa un milagro mas admirable que sus milagros mismos: esto es, que con solo la lectura de su vida se entregó á la reflexion una muger criada en las delicias de la corte, y reconociendo sus errores, dexó el mundo y llegó á ser la edificacion de la Iglesia.

Esta vida es la que infundió el terror en la política y sanguinaria corte de Teodosio, donde el zelo de San Ambrosio no había llevado aun el anatema. Las virtudes de nuestro Santo hicieron que se sucediese hasta en los cortesanos ménos religiosos el fervor al relaxamiento, la penitencia á los placeres, la humildad á la soberbia. Solo su lectura produjo una infinidad de milagros.

Entre ellos hay uno que excede á los demas. ¡Dichosa mudanza de Agustin! Si San Esteban no hubiera suplicado, tal vez no hubiera llamado padre la Iglesia á San Pablo. *Si Stephanus non orasset, Paulum Ecclesia non haberet.* Y yo podré tambien decir, que sin los exemplos de *Antonio*, tal vez no hubiera celebrado la Iglesia la gloria de S. Agustin. El retrato de aquel está adornado de todos los trofeos que este consagró á la verdad. Sí, á sus exemplos debe la gracia su panegirista y doctor, la Religion su defensor y su apoloigista, la fe católica el destructor de todas las heregías, el oráculo de los sabios, el alma de los concilios, la luz de la Iglesia, el héroe de todas las ciencias y de todas las virtudes. Despues de Dios, debemos dar gracias á la santidad de nuestro héroe que preparó y casi perfeccionó la conversion de Agustin. ¿Y de quien lo hemos sabido? Del mismo Agustin. ¡Quantos elogios tributa su justo reconocimiento al ilustre modelo, á cuya admirable vida debia la reflexion, la verdad y la virtud!

A imitacion de Atanasio y de Agustin, todos

dos los santos Doctores han echado sobre el sepulcro de *Antonio* las mas brillantes flores de la eloqüencia. Sigamos, pues, el parecer de todos los siglos.

San Chrisóstomo dice (1), que sus acciones son un argumento victorioso contra los hereges y en favor de la fe católica; porque ninguna secta ha producido hombre alguno que sea capaz de igualarse á él. Su mérito puede ser comparado con el de los apóstoles. *Antonius Apostolis proximus.* En las obras de San Gerónimo (2) se le ve representado como el creador y la gloria de la vida cenobítica. *Solitudinis illustrator.* San Gregorio Nacienceno caracteriza su voz baxo el emblema de un trueno. *Vox tonitru;* y su vida baxo el símbolo de la luz. *Vita fulgur.* Su vida ha tenido imitadores hasta en las indias. *Usque ad indiarum gentes.* Así lo testifica San Juan Damasceno. Antes de su muerte parecia, segun San Pedro Crisólogo, que se habia desprendido de su cuerpo mortal, y habitaba mas bien en el cielo que en la tierra. *Carnali pondere desaccatus.* San Efran le tiene por uno de los princip'ales defensores de la fe en Nicéa. *Inter præcipuos Fidei Nicenæ Assertores.*

Tambien pudiera citar las alabanzas que sucesivamente consagraron á su gloria Teodoro, Casiano, Anselmo, Gregorio de Tours, Vicente de Lerins, Cesar de Arlés, Pedro de

G 3

Clu-

(1) Joan. Chrisost. Hom. 8. in c. 2. sup. Matt.

(2) Hieron. in vita S. Hilarion.

Cluñi, Hugo de San Victor, Buenaventura, Baronio.... Pudiera con semejantes alabanzas formar la prueba que justificase, que despues de su muerte hasta nuestros dias ha permanecido constante su reputacion. Pero hay motivos mas fuertes para concluir esta prueba y su elogio, y por consiguiente la universalidad y perpetuidad de su culto desde la mas remota antigüedad. ¡Ya hace mas de mil y quatrocientos años que se celebra en la Iglesia la fiesta de *San Antonio*. En el quarto siglo, quando todavía se ignoraba en que parage descansaban sus sagrados huesos, se daba públicamente un culto religioso á su memoria, ya que no se podia tributar á sus venerables reliquias.

San Atanasio vió empezar estos públicos honores en Egipto, y consagrarles en él por el consentimiento y unánime voluntad de todos. Ratificados por el mismo San Atanasio fueron inmediatamente adoptados por todos los obispos. No tardaron la Palestina y la Syria en prepararle altares y homenajes.... Apenas empezó el quinto siglo quando las iglesias de Grecia imitaron á los de Egipto, Syria y Palestina. El dia destinado para celebrar su fiesta, es distinguido en todo el imperio. Ninguno trabaja en él, están cerrados los tribunales y detenido el comercio. Hasta en la dominacion musulmana guardan la misma costumbre los Griegos cismáticos. El culto de nuestro Santo hasta en el seno del error y de la infidelidad florece.

Aunque se empezó mas tarde en la Iglesia

latina, no fué en ella ménos brillante. Desde luego confieso, que en tiempo de San Gerónimo, San Agustin y San Gregorio el Grande, aun no le habia autorizado Roma. Por entónces no existia todavía en la Iglesia Romana ningun templo dedicado á *San Antonio Abad*; pero ya tenia altares en todos los corazones, y gozaba de aquel secreto homenaje que inspira la confianza, acredita la autoridad y, baxo la proteccion de las leyes, recibe un nuevo realce de su publicidad.

Hecho público su culto, se estendió desde Italia á Francia, desde Francia á Inglaterra, desde Inglaterra á España, y desde esta nacion á Flandes, Alemania, Polonia y Lombardía. Los templos se multiplicaban así como las fiestas. En los pontificados de Paulo III. y Pio V. recibió nuevos honores de la Iglesia. Su culto no se acabará sino con el mundo.

A la solemnidad con que se celebra podemos añadir la poderosísima virtud de sus reliquias. ¡Que acontecimiento tan dichoso fué el que las deparó al ansia de los fieles despues de permanecer cuidadosamente sepultadas á sus indagaciones casi por el discurso de dos siglos! La Providencia no debía permitir que el cuerpo de un Santo tan conocido en todo el Universo subsistiese oculto en el seno de la tierra. Sus preciosas reliquias debian participar de su gloria.

Llegó por fin el dia en que la tierra restituyó á la Iglesia el depósito que guardaba. Un milagro fué el que descubrió el cuerpo

del Santo solitario. ¡O afortunada ciudad de Alexandria que mereciste poseer á *Antonio* por dos veces en el recinto de tus muros! A tí te correspondía el privilegio de ser la primera que despues de su muerte colocase en sus templos sus venerables despojos...Entónces tenia las riendas del imperio de Oriente Justiniano II. Este religioso príncipe miró como el día mas precioso de su Reynado aquel en que fué enriquecida la Iglesia con semejante tesoro. ¡Con que demostraciones tan alegres recibieron este beneficio del cielo los ministros de Jesu-Christo y los pueblos fieles! ¡Con que confianza se entregaron al poderoso protector, cuyo nombre les era tan apreciable! Ellos le imploraron en sus enfermedades y cesaron: le tributaron honores y consiguieron milagros: defendieron por mucho tiempo sus altares, y lograron que defendiese sus costumbres.

Abatidas estas en Alexandria, hecha presa la ciudad de un pueblo bárbaro, belicoso, conquistador, sectario de Mahoma y agobiado todo el Egypto con el yugo de los Sarracenos, nos presentan la época de una revolucion singular por las cenizas de nuestro Santo.... En tiempo de unas guerras tan sangrientas, en el que los habitantes de Egypto abandonaban su patria para libertarse de sus vencedores, se les vió tambien cargar con las reliquias de *Antonio*, y por entre las olas del mar buscarlas un asilo seguro. Considerad, pues, transportados á una tierra extraña aquellos respetables huesos que
mas

mas bien que el Nilo acarreaban la riqueza al Egypto. Pero tal fué su suerte, que llegaron á ser depositados en una ciudad donde el nombre de nuestro Santo habia sido celebrado desde que principió su reputacion. Constantinopla debia por este medio heredar el respeto de Constantino. La entrada de sus cenizas esparció en aquella ciudad un nuevo resplandor sobre el que ya gozaba la solemnidad de su culto. Esta fué recompensada por una multitud de maravillas, cuyo curso no ha podido jamas detener el triunfante mahometismo. Y esta serie de maravillas tampoco se interrumpió nunca hasta el instante mismo en que desde Constantinopla fué solemnemente trasladado á Francia el cuerpo de *San Antonio*.

Repáre vuestra atencion al fin del XII. siglo, y advertirá un hombre atrevido en sus designios, pero prudente para combinarles. Tenia su piedad por motivo, su nobleza por apoyo, su eloqüencia por recurso. Hablo de Joselino Aleman, descendiente de los condes de Poitiers de la augusta casa de Turena. Desde las montañas del Delfinado le habia encaminado hasta el Calvario un espíritu fervoroso. Pasó á Constantinopla desde este recomendable lugar, y consiguió en ella de un Emperador, que sin duda apreciaba muy poco las reliquias entre sus tesoros, el permiso de enriquecer á la Francia con las de nuestro Santo. La provincia de Viena recibió con particular agradecimiento el presente de que Joselino se desprendia por favorecerla.

In-

Inmediatamente se le construyó al Santo un templo digno de su reputacion. El tributo de los honores, de que es el objeto, es igual al de los milagros, de quien es el conducto, ó canal.

Entóces experimentaba la Europa un azote terrible, cuyo golpe destruía enteramente todos los recursos del arte. Un fuego que imitando en sus devoradores ardores la actividad de las llamas eternas, inmolaba casi tantas víctimas quantas cogia.... Esto sucedió cabalmente en aquella triste época en que el cuerpo de nuestro solitario habia obrado el mismo prodigio que en otro tiempo obró la sombra de S. Pedro. A él fué concedida, como dice Santo Thomas de Aquino, la facultad de apagar hasta las menores chispas de un fuego vomitado por el infierno, á quien la pública supersticion llamaba *fuego sagrado*. *Datum est illi patrocinari ad ignem infernalem.*

De aquí provino el origen de aquella órden ilustre que baxo la proteccion de nuestro Santo edifica la Iglesia, la enriquece, defiende y honra. Al poder de *Antonio* es al que debe esta órden su establecimiento: sus progresos á los generosos cuidados de sus miembros é individuos: su gloria á su inagotable zelo; y su perpetuidad al constante fervor de que dan lecciones y exemplos.

Así es, que en una edificativa congregacion de ministros siempre regulares perpetúan, tanto la gloria de *San Antonio*, cuyo nombre llevan, como la de San Agustin, cuya regla siguen: eternizan la oracion del pri-
me-

mero y el zelo del segundo: la penitencia del solitario y la ciencia del Doctor; y de uno y otro el amor á la verdad, la union á la Iglesia, la defensa á la Religion.

Así es, que desde su muerte hasta nuestros dias se sostiene y acrecienta la reputacion de nuestro Santo. ¿Por ventura se la ha visto eclipsada, ni aun un solo instante? ¿No han advertido todos los siglos su brillantez? O por mejor decir ¿no ha sido en la Iglesia esta reputacion la brújula que en todos tiempos ha servido de norte al curso de los angeles de la soledad y del desierto?

Antonio fué el modelo que se propusieron Benito en el retiro de Sublaco, Juan Gualberto en la hermita de Valembusa, Romualdo en los valles de Apenino, Bruno en las montañas de la Cartuja, Bernardo entre las ayas y encinas de Claraval, Felix de Valois en los bosques de Galvesa, Francisco de Asís en el desierto de Perusa, Francisco de Paula en las rocas de Calabria, Ignacio en la caverna de Manresa, Juan de la Barrera en la Abadía de Feuillent... Y así es, en fin, como despues de catorce siglos que hace aconteció su muerte, parece que respira y goza todavía de toda su reputacion.

Es esta tan célebre en la Iglesia, que congregados los Padres en el concilio de Constancia, encargaron al famoso Gerson predicarse en él su panegirico, y despues de haberle oido y admirado, exclamasen todos unánimes: *Quot miraculis in vita, tot post mortem beneficiis refulsit Antonius.* Así como *Antonio* ha-

hacia milagros durante su vida, así tambien reparte beneficios despues de su muerte.

Es tan célebre su reputacion en la Iglesia, que el Quietismo, la mas sutil de las heregias, intentó en el último siglo apoyarse sobre una máxima de nuestro Santo para no ser anatematizada. *La oracion del solitario*, dice *San Antonio*, *no es verdadera quando la conoce, y se conoce tambien á sí mismo*. No tiene que valerse de ella el presuntuoso error. Reprehenda al sabio Bossuet, que asegura con Casiano, es mas bien una sentencia divina que humana. Nuestro Santo, que al ver venir la luz decia enfervorizado su espíritu. ¡O sol! ¿por que me turbas? (1), no ignoraba, ni desconocia absolutamente su oracion. Su conducta justifica su doctrina, y el respeto de catorce siglos le vindica bastante bien de las malignas imputaciones de que querian cargarle los partidarios de las novedades profanas.... Despues de haber tenido *Antonio* en la Iglesia un siglo entero de mérito, goza en ella su reputacion quince siglos hace.

¡Hombres imprudentes! que le juzgais con las escandalosas burlas del libertinage y de la incredulidad ¿he conseguido hacérosle conocer? ¿He logrado que le admireis? *Videte contemptores, & admiramini*. ¡Que leccion para vosotros, que solo un dia de penitencia os estremece, la de un siglo entero de fervor practicado sin la mas leve consideracion y reparo! ¡Que bochorno para vosotros, á quien so-

(1) Bossuet, tom. 6. en 4. pag. 81. 83. 84.

lo un dia de trabajo os impacienta, un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion! ¡Que condenacion para vosotros, que tal vez en la larga carrera de vuestros dias no podreis contar uno solo en que os hayais empleado sin remuneracion, la de un siglo entero de servicios hechos sin interes! La reputacion de *Antonio* empezó desde que vivia; y vosotros parece que no vivis sino para perder á cada instante la que podiais conseguir. La de aquel se aumenta con su muerte, la vuestra se acaba ántes que vuestra vida. La del Santo ha permanecido constante desde que espiró hasta nuestros dias; y la vuestra, si subsiste despues de la muerte, no sirve por lo regular de otra cosa, que de transmitir á la posteridad la historia de vuestros escándalos con la de vuestra vida.

Quiera Dios que las acciones de *Antonio*, cuya pintura acabais de reconocer, os inspiren el deseo de imitar sus virtudes para participar de su gloria, tanto en la tierra, como en el cielo, cuya morada os deseo.